

LAS FORTUNAS DE DIANA

Félix Lope de Vega, 1621

Tener varios grados clericales y decir misa en alguna iglesia de Madrid no le impidió ser un golfo. Lope dejó quince hijos documentados entre legítimos y de los otros, fruto de sus dos esposas (la primera raptada) y de sus numerosas amantes. Una de estas, Marta de Nevarés¹, a la que Lope llama *Marcia Leonarda* en sus novelas y *Amarilis* en sus poesías, le pidió que le escribiera una novela, demanda a la que el Fénix, dramaturgo y poeta sobre todo, accedió sumiso, pero remiso, porque tenía un mal concepto de ese género.

Dado su carácter de encargo y la reticencia con que Lope la abordó, *Las fortunas de Diana* es más un experimento que una novela (así lo afirma el crítico Walter Pabst). Su pretexto es propio de la novela bizantina: peregrinaje de los protagonistas a causa de un amor desdichado. El desinterés literario de Lope por este trabajo se refleja en el poco crédito que merecen sus personajes y la inverosimilitud de sus peripecias: disfrazada de labrador, la protagonista se gana la estima del rey católico hasta el punto de ser nombrada capitán general y Virrey de las Indias sin que nadie, ni siquiera su amante y padre de su hijo, descubra su verdadera identidad.

La trama consta de dos hilos narrativos que discurren deslavazados y a tropicónes porque Lope los interrumpe con numerosas citas a escritores clásicos y contemporáneos, romances y observaciones dirigidas a Marcia, cobrando la novela en estas confidencias un carácter epistolar. El resultado final es un mero entretenimiento sin enseñanza o moraleja.

Las fortunas de Diana, fue publicada en 1621 como parte de *La Filomena*, compilación de “diversas rimas, prosas y versos” dedicada a doña Leonor Pimentel. Dice en el prólogo de este volumen: “Hallándome obligado a la protección que ha hecho de mis escritos el divino ingenio de la Ilustrísima señora doña Leonor Pimentel, busqué por los papeles de los pasados años algunas flores; si este título merecen mis ignorancias, pues solo por la elección se le atribuyo. Hallé *Las fortunas de Diana*, y con algunas Epístolas familiares, y otras diversas Rimas, escribí en su nombre *las Fábulas de Filomena*, y *Andrómeda*, y formado de varias partes un cuerpo quise que le sirviese de alma a mi buen deseo”.

Otras tres novelas escribió Lope a Marcia Leonarda: *La desdicha por la honra*, *La más prudente venganza* y *Guzmán el Bravo*. Las tres fueron incluidas en otro volumen de obras diversas llamado *La Circe* y publicado en 1624.

¹ Casada con Roque Hernández de Ayala fue la predilecta de Lope desde 1616 hasta 1632.

LAS FORTUNAS DE DIANA

“Novela a la señora Marcia Leonarda”.

Lope se excusa por la tardanza en atender la petición: “Mandarme que escriba una novela ha sido una novedad para mí, que aunque es verdad que en *Arcadia* y *Peregrino* hay alguna parte deste género y estilo, más usado de italianos y franceses que de españoles, es grande la diferencia y más humilde el modo”. La *Arcadia* se publicó en 1598 y *El peregrino en su patria*, en 1604. Ambas fueron escritas en estilo bizantino que, como dice Lope, poco tiene que ver con el modo de novelar italiano. En 1589, Vicente de Millis Godínez había publicado algunas novelas de Matteo Bandello a las que dio el título de *ejemplares*, aduciendo que “me parecieron a propósito para industrial y disciplinar la juventud de nuestro tiempo”.

Remarcando su poco aprecio por la novela, refiere Lope que “en España también se intenta, por no dejar de intentarlo todo” y concede que “no le faltó gracia y estilo a Miguel de Cervantes. Confieso que son libros de grande entretenimiento y que podían ser ejemplares, pero habían de escribirlos hombres científicos o por lo menos grandes cortesanos”. Finalmente, insiste en mostrar su incomodidad ante el encargo: “Yo que nunca pensé que el novelar entrara en mi pensamiento, me veo embarazado entre su gusto de vuestra merced y mi obediencia” [48].

Y comienza la novela: “En la insigne ciudad de Toledo [...] había no ha muchos tiempos dos caballeros de una edad misma, grandes amigos [...] Llamábanse el uno Otavio y el otro Celio” [49]. Lisana, madre de Otavio, tenía otra hija, Diana, estando de ambos “tan gloriosa como Latona por Apolo y la Luna” [49]. La predilección de Otavio por Celio, que era pobre, suscitó el disgusto de sus parientes. Otavio se mostró firme en “conservar el caballero más noble, más discreto, más fiel, más leal, verdadero, secreto y de mejores costumbres que había en Toledo”, siendo, además, pacífico, prudente y cuerdo”. Oídos estos elogios, Diana se sintió enamorada de Celio [50]. Un brevísimo encuentro entre los dos jóvenes trae a la cabeza de Lope “aquellas primeras palabras de la tragedia famosa de *Celestina*”, y lamenta no ser “un Heliodoro” para contar los amores en que se verán envueltos [52].

En otra ocasión, Celio entrega a Diana “un papel con una sortija de un diamante” [52]. Curioso medio para venir de un pobre. Papel de Celio a Diana: “Hermosísima Diana, no culpes mi atrevimiento, pues todos los días ves en tu espejo mi disculpa...” [53]. Respuesta de Diana: “Celio, mi hermano Otavio tuvo la culpa de amarnos con los encarecimientos de vuestra persona y partes” [54].

Los aposentos de Diana caen a una casa humilde en la que, casualmente, vive el ama que crió a Celio. Este la convence para que deje una casa tan pobre y vaya a vivir con él. Así, Celio se hace con la llave de la casucha. Esa misma noche, los enamorados tienen ocasión de verse las caras. “Reportado Celio de la primera turbación y desmayo, le dijo tan tiernas, tan suaves, tan enamoradas razones, que apenas acertaba Diana a responderle, porque oprimía la lengua la vergüenza y la novedad oscurecía el entendimiento” [54].

Días después, Celio pidió a Diana licencia para subir hasta su ventana. Ella accedió siempre que no traspasara el umbral. Pero lo traspasó. “Aquí se me acuerdan las líneas del amor escritas de Terencio en su *Andria*; ya Celio de las cinco tenía las cuatro” [55]. Lope alude al proceso gradual del idilio: ver, hablar, tocar, besar y copular. No tardó Diana en conceder la quinta: “¡Qué bien dijo un poeta: Tardóse Troya en ganar, pero al fin ganóse Troya!” [56]. Entre excusas de pretendiente y desmayos de pretendida, Celio “dispúsose a ser Tarquino de menos fuerte Lucrecia, y entre juramentos y promesas venció su fama, quedando en justa

obligación de ser su esposo” [56]. A propósito de este lance, también menciona Lope la violación incestuosa de Tapar por Amnón. Ambas referencias son improcedentes porque Lucrecia se suicidó avergonzada y Tamar fue violada por su hermano, mientras que Diana queda satisfecha de este y sucesivos encuentros. Hasta que, al llegar la preñez, “con muchas lágrimas mostraba estar arrepentida” [57], mayormente por temor a su madre, su hermano, parientas y amigas. “Celio le proponía los caminos que había para remediar el daño, que el de matar el hijo no cayó en su pensamiento. Viendo que pedirla por mujer era enemistarse con Otavio, y que no se la había de dar, por ser tan pobre, se determinaba a pedirla por el juez eclesiástico; mas ella resistía a este consejo, con parecerle que lastimaba más su honra” [57].

Por fin, los amantes acordaron marchar a las Indias para casarse allí. Llegado el día, Diana metió en un cofre “las más ricas joyas” de su madre y algunos ducados. Para burlar la compañía de Otavio, Celio lo llevó a “una casa de juegos, destas donde acude la ociosa juventud”. Pero dieron las doce de la noche y aún seguían allí. Diana, intranquila, vio acercarse un hombre en el que quiso ver a Celio, y tras unas palabras en la que no reconoció su voz, le entregó el cofre. El hombre, lejos de sacarla de su engaño, se fugó con las joyas. Desapercibida de su error, Diana lo buscó por las calles, “cubierta de un sudor mortal y de mil pensamientos y sospechas, apartándose lo más que podía del camino real, hasta llegar a un monte, donde mil veces estuvo por quitarse la vida, si no lo impidiera el justo temor de perder el alma” [60].

Mientras Diana dejaba la ciudad, “los caballeros que jugaban estuvieron hasta las tres de la noche divertidos”. Solo ya de mañana se descubrió “que faltaba Diana de su casa y de su honra” [61]. Celio dormía hasta que, advertido por su criado de las sospechas que recaían sobre él, fue al encuentro de Otavio. Este, “aunque valiente caballero, se desmayó en sus brazos” [62]. Salió Celio en busca de Diana, “llorando y pidiendo al cielo que le guiase a la parte donde Diana estaba, con tales suspiros, enamoradas ansias y congojas, que enternecía las peñas y los árboles” [63]. Despierta Diana, oyó cantar a un pastor: “Entre dos álamos verdes” (romance). No queriendo ser vista de nadie, Diana se alejó hasta que, al llegar la noche, “cayóse desmayada” [65]. Sin más sustento que unas yerbas, “caminó tres días”.

Intercala Lope otro canto, el de Fabio a Filis: “(y vuestra merced, señora Leonarda, si tiene más deseo de saber las fortunas de Diana que de oír cantar a Fabio, podrá pasar los versos de este romance sin leerlos)” [65]. Comienzo del canto: “¡Ay, verdades, que en amor”. Fragmento: “Castiguen, Fabio, los cielos / -dijiste desesperada- / el fuego con que me hielas, / el hielo con que me abrasas” [66]. Hallada por la pareja al pie de un árbol, Diana aceptó hospedarse en casa de Filis” [70].

Mientras, Celio seguía buscándola. Al cabo de un mes, “viniéndole a la imaginación que, como eran los conciertos irse a las Indias, pudo Diana haber topado quien la llevase a Sevilla, resolvióse a ver si en aquella insigne ciudad estaba”. Como tampoco allí la encontró, dio en pensar que se había embarcado con rumbo a las Indias, y eso mismo hizo él, “alejándose más de Diana cuanto imaginaba que iba más cerca” [71].

“Dos meses había estado Diana en el cortijo de aquellos honrados labradores, cuando llegó su parto, y fue de un hermoso hijo”. Lope evoca el embarazo de Dido por Eneas, narrado por Virgilio (*Eneida*, libro IV) y por Ovidio (*Heroidas*)” [72]. Un mes después del parto, Diana decidió abandonar el cortijo vestida de labrador, dejando su hijo al cuidado de Filis a quien paga su mantenimiento con “dos diamantes que traía al pecho” [74]. “Despidióse de Filis y de sus viejos padres, llorando todos, mayormente Laurino, que se preciaba de músico y poeta” y le dedicó unos versos en los que la llamaba Lisis, nombre con que Diana se había presentado:

“Lisis, después que al Tormes”, estrofas de seis versos heptasílabos y endecasílabos (abbacc) de influencia italiana [75].

“Llegó después de haber caminado algunos días, a un lugar cerca de Béjar. Salió a la plaza y, parada en ella, daba a entender que esperaba dueño. Viola un labrador rico. Llegóse a Diana, y hízole algunas preguntas; ella le supo satisfacer, mintió su nombre y patria, de suerte que la llevó consigo” [76]. Pasó así a trabajar para Lisandro, mayoral del duque de Béjar. Su encanto creció cuando, laúd en mano, cantó: “Por entre casos injustos / me han traído mis engaños, / donde son daños los daños / y los gustos no son gustos” [77].

La gracia de Diana sedujo a Silveria, hija de Lisandro, y a un estudiante que rondaba a la tal [79]. Para salir del paso a las preguntas de Silveria, Diana fingió haber sido desterrada por su padre tras casar este en segundas nupcias con una mujer de condición áspera [79]. “Diana, temerosa, andaba buscando ocasión para despedirse. Sucedió [que] andando el duque de Béjar a caza por su tierra, vino a ser huésped una noche en casa del mayoral. Deseando el mayoral entretenerle, claro está que había de llamar a Diana, y ella parecerle bien al Duque” [80]. Segunda canción de Diana: “Selvas y bosques de amor”, romance de 124 versos [81]. Después de esto, el Duque la llevó consigo.

En este punto, Lope interrumpe el hilo de la narración para retomar otro que dejó suelto. “¿Quién duda, señora Leonarda, que tendrá vuestra merced deseo de saber qué se hizo nuestro Celio?” [85]. Sorprendida su nave por una tormenta, “estuvo a pique de perder la vida por el rigor inexorable de la ondas” [86]. Aprovecha Lope esta circunstancia para recordar a Marcial, Garcilaso y Boscán. “Llegó Celio derrotado con su nave a una isla en las partes de África” [87]. Mientras come con el patrón, Celio confiesa el porqué de su aventura. El patrón reconoce ser el hombre a quien Diana confió su tesoro: “Empeñé las joyas en Sevilla para cosas que me fueron necesarias. Pero si por la relación que me habéis dado conocéis esta dama, este diamante es suyo; mirad si le conocéis” [88]. Celio reconoce el anillo que regaló a Diana y trata de recuperarlo. En plena porfía, Celio apuñala al patrón. Prendido por la tripulación, es “atado a una cadena en el lastre a Cartagena de las Indias [...] Depositáranle finalmente en la cárcel porque en la tierra no había gobernador” [89].

Haciendo Diana de camarero del Duque, “determinóse el Rey Católico en la conquista del reino de Granada [¿anacronismo?], y envió a llamar a los grandes” [89]. Entre ellos, el duque de Béjar. En este viaje se acreditó mucho Diana y le mostró mayor amor al Duque” [90]. Tercera canción de Diana: “Verdes selvas amorosas”, romance de 96 versos.

“Aposentóse el Duque en la Corte con la grandeza que a tal príncipe convenía. Iba y venía a palacio, llevando siempre en su coche a Diana, que se convertía en los ojos de Argos para ver si por aquellas calles o en los patios y corredores del alcázar parecía Celio” [93]. Quiso la fortuna de Diana que se descomidiese un criado con el Duque, y Diana, que solía tomar las espadas negras² con que se entretenían Otavio y Celio, quitando airosamente el estribo le dio una gentil cuchillada” [93]. El Rey, que presenció el altercado, felicitó al Duque por la actitud de su gentilhombre y se lo pidió, quedando Diana “en servicio del Rey Católico y en pocos días ya tenía los papeles de más calidad y importancia” [94].

La fama de su voz, obliga a Diana a cantar su cuarta canción: “Selvas, en mi vida tuve”, romance de 88 versos” [95].

Habiendo sabido [el Rey] que en las Indias había tantos alborotos y, conociendo que a Diana, que siempre se llamó Celio, comenzaba a emprender la envidia, porque no viniese a caer por sus calumnias en su desgracia, le nombró gobernador y capitán general de todo lo nuevamente conquistado” [97]. Cumpliendo con su

² Espada negra: usada en prácticas y juegos: tenía un botón en la punta para no herir.

nuevo cargo, partió Diana hacia Sevilla. “Pasó por Toledo, su patria. Salió su hermano Otavio, y como ella le viese entre los otros, cubriéndose el rostro de lágrimas, cerró las cortinas del coche” [98].

En su nueva tierra, Diana fue acogida “con grande aplauso de los españoles y indios, que, viendo de la suerte que se hacía respetar y temer, lo que castigaba y premiaba, le llamaban el Sol de España. A muchos enviaba a ella con los procesos y averiguaciones, a muchos hacía dar garrote en secreto y sepultura en el mar”. Viendo a Celio entre los presos, “quisiera librarle, pero dos hermanos del muerto, el uno mercader rico y el otro capitán belicoso, daban voces y pedían justicia, de suerte que no le fue posible a Diana ponerle en libertad” [98]. En presencia del Virrey, Celio contó “toda su historia, desde los amores de Toledo, la ausencia de Diana, lo que él había padecido por buscarla, y cómo el hombre que había muerto era el que le había hurtado sus joyas”. Ante la imposibilidad de aplacar a los hermanos del difunto, Diana embarcó a Celio en su nave “y a título de preso llevó consigo, comiendo y jugando con él todo el viaje” [99]. En España, Diana pidió al Rey el perdón para Celio y descubrió su identidad. “Grandes fueron las mercedes que el Rey les hizo, y grandes fiestas que se hicieron a sus casamientos, y no menor el contento de ver su hijo, por quien enviaron personas de confianza” [100].